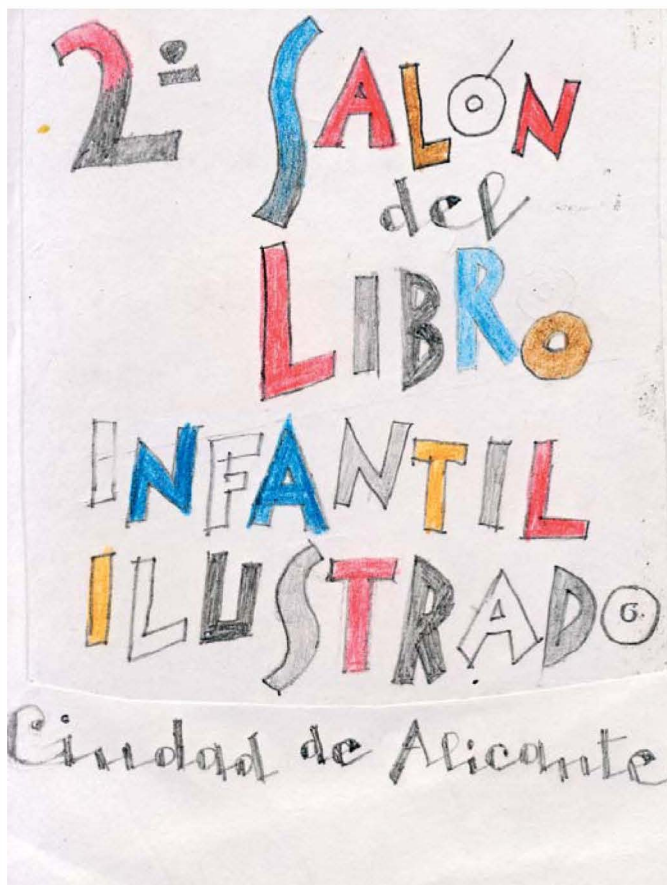


Conciencia de imágenes

Nada más fácil ni más atractivo para un ilustrador involucrado en un acto como el presente que recurrir a la proyección de imágenes propias o ajenas y articular su opinión sobre comentarios y observaciones a las mismas. Sin embargo, la contemplación placentera conlleva el riesgo de resultar para la concurrencia una experiencia similar a la visita a una exposición (quizá una exposición guiada), algo que tiene mucho de bueno y nada de malo, dicho sea de paso. Pero se da la circunstancia de ser ésta una convocatoria, a punto de finalizar, en la cual se han debatido cuestiones relativas a un tema concreto: el álbum

infantil ilustrado, tema de gran riqueza y complejidad pese a su aparente sencillez; rebotante de valores, conflictos, luces, sombras, bondades y maldades. Dejando aparte aspectos de producción, comerciales, profesionales, de repercusión social, etcétera (han asistido ustedes a mesas redondas con expertos muy cualificados y, probablemente, poco se pueda añadir) conviene que esta última intervención trate en concreto de la imagen, cuyo interés visual se basa en la percepción. Ahora bien, la percepción superficial, aparente, no exige una actitud inteligente; abrimos los ojos y vemos, nos limitamos a dirigir la mirada,



Bocetos para el cartel del 2º Sal6n del Libro Infantil Ilustrado Ciudad de Alicante

así de sencillo. Pero ¿ahí termina todo? ¡Qué pobreza, pues, para el espíritu! Hay que abandonar la sinrazón visual y aspirar a la mirada receptora ligada a un proceso cerebral. Una conciencia de imágenes. La propuesta consiste en hablar de imágenes sin mirar imágenes. Un pequeño esfuerzo que merecerá la pena, al menos eso espero.

Vaya por delante una opinión personal que (¡por favor!) nadie debe relacionar con teorías de la conspiración: es posible que gran parte de la incompreensión y errores (quizá involuntarios) que se producen al tratar temas relativos a libros infantiles tengan su origen en la emisión de juicios con tendencia a partir siempre del enfoque literario. Analizaremos tres casos de opinión sin conexión ninguna; de hecho, el primero trata de la imagen, el segundo de álbumes y el tercero de lectura. Veamos en primer lugar una serie de argumentos contenidos en el trabajo de Santiago Yubero *Algunos aspectos psicosociales para la reflexión en torno al niño, la literatura, la escuela y la cultura de la imagen*, trabajo que pertenece a una edición de la Universidad de Castilla-La Mancha del año 1995: “Las ilustraciones, en general, permiten que los niños, sobre todo los más pequeños, tengan un mejor acceso a la historia”. ¿Mejorar el acceso a la historia? En un libro para “los más pequeños”, las ilustraciones son o debieran ser parte indisoluble de la historia. En un álbum podemos, incluso, llegar a prescindir del texto: secuencia visual narrativa sin palabras. Lo cual no significa que no exista intervención creativa ajena a las imágenes; en cualquier caso sería necesario elaborar un guión. Un texto puede prescindir de las imágenes, pero esto no es posible tratándose precisamente, insistimos, de álbum infantil ilustrado. Un texto sin imágenes deja de ser un álbum infantil ilustrado. Volvamos con Santiago Yubero: “Las ilustraciones ayudan a la comprensión del texto”. De nuevo el texto omnipresente. Y más adelante añade: “Los lectores más jóvenes y de menos habilidad lectora son los más susceptibles a los efectos distractivos de las imágenes”. Suena a contradicción. No hagamos álbumes porque las ilustraciones distraen y los niños y las niñas no se concentran en la lectura; según parece, es de lo que se trata. Por su parte, Denise Dupont, directora de una revista de literatura infantil y juvenil editada en Burdeos opina que “el texto va dirigido a la esfera racional del lector” frente a la imagen, limitada por lo visto a establecer una “dialéctica entre lo racional e irracional”. Anotación extraída del texto *La ilustración del libro infantil: un arte ambiguo*, correspondiente a una publicación del “Premi Catalònia d’Il·lustració”, del año 1997. Pasemos al tercer caso: “La mirada auditiva” de Eliacer Cansino. Forma parte de la obra colectiva *Hablemos de leer* (Anaya,

2002). Según el autor, en la actividad lectora la visión es sometida a un esfuerzo que corresponde más bien al oído (de ahí el título). Por extensión o por empeño se ocupa también de la imagen en estos términos: “La imagen saca al niño del recinto forzadísimo de la lectura y lo acerca a la naturaleza”. Como si se tratase de contemplar un bodegón. “Si se aflojan los lazos de la lectura volveremos con facilidad a nuestra condición primitiva, al puro ver y mirar”. El sospechoso apunte de irracionalidad insinuado por Denise Dupont se convierte en manos de Eliacer Cansino en una decidida aproximación a la caverna. Por otra parte, a estas alturas nadie considera que la humanidad primitiva realizaba imágenes por el puro ver y mirar. Existía el significado, el ritual, el poder sobre la realidad (la presa) a partir del poder sobre la forma; procesos de estilización, de signos, procesos inteligentes e interesantes. Dos frases más: “Quien lee piensa, pues no es posible leer sin pensar; no así necesariamente quien mira”. “Escribir y leer son probablemente el invento humano que más ha transformado a su propio inventor”. Al respecto recurriremos a la opinión del pensador italiano Giorgio Agamben: “Lo que termina de definir al hombre es su facultad de crear imágenes”.

Atendiendo ahora a anécdotas reales, encontramos en la convocatoria de un concurso de álbum infantil ilustrado el siguiente enunciado: “Una comisión lectora seleccionará los trabajos presentados”. ¡Una comisión lectora! Otro caso frecuente: el escritor miembro del jurado opina que no debe pasar ningún trabajo de escritura deficiente. ¡Por supuesto! Con la misma exigencia que se juzgará un texto excelente horrorosamente ilustrado. Luego, en el acto de presentación del premio ya editado, asistiremos perplejos a una lectura ante el público asistente a cargo del autor literario. Aplausos y enhorabuena mientras el coautor gráfico, responsable de las ilustraciones, permanece sentado, menos mal, en primera fila. ¿Para qué la molestia de preparar diapositivas o un CD y proyectar imágenes de forma simultánea a la lectura? Ya lo dije antes; estamos ante una situación (me esfuerzo en considerarla inconsciente) por desgracia muy generalizada.

Hay que admitir, repasando el papel asignado a la imagen cuando la capacidad lectora del espectador estaba reservada a muy pocos, la existencia de un terror residual: la atención visual, el ejercicio de la mirada, la contemplación de estampas, es algo emparentado con el analfabetismo. ¡Mala cosa esos libros infantiles repletos de imágenes y con tan poca lectura! La sociedad reconoce el rango superior del escritor-lector, al que accede por su capacidad para manejar combinaciones de signos misteriosos, en contraste con el sentido vulgar que adquiere el reconoci-